

Los vascos en la etnografía europea



A propósito del libro «Buschan's Illustrierte Völkerkunde: Europa, Kaukasien, die Mittelmeerlandschaften Nordafrikas, von Byhan, Haberlandt (A.) und Haberlandt (M.)». Stuttgart 1926. 21 ½ m/m 14 ½ 1154 pág. 43 lám., 708 fig. en el texto. y 6 mapas.

En este libro, segundo tomo de la segunda parte de la tercera edición, de extensión sextuplicada respecto de la primera, pero en lo correspondiente a este tomo treinta veces más extenso, no podían faltar los vascos, a los que se dedican expresamente 4 páginas de las 19 de la Península Ibérica en la sección «Die indogermanischen Völker des Erdteils von Prof. Dr. Michael Haberlandt». Además entran no poco las cosas de los vascos en la segunda sección «Volkscundliche Kultur Europas in ihrer geschichtlichen Entwicklung von Prof. Dr. Arthur Haberlandt». La bibliografía a ellos referente se reduce a Stoll, Gerland, Karutz, Frankowski, Schuchardt, mi trabajo en alemán sobre el carro y otro muy breve, también en alemán, sobre el yugo. Las erratas y omisiones corregidas al final del tomo son 67 pero no se salvan Beredeghi por Berástegui, Ferrin por Fermín, cogots por cagots y maragotos por maragatos. Si hemos de buscar lo referente a los vascos o sus cosas en el índice alfabético, tendremos que atender, no sólo a la palabra vascos, sino también a Basses Pyrénées, Biscaye, Guipuzcoa, Navarra, Labourt, Soule, Arratiatal, Fuentarabbia, y todavía queda algo sin más localización que «Spanien».

Al hablar de los franceses dice (p. 239) que en los Pirineos domina la cultura popular vasca; en la Península Ibérica menciona a los «maragotos» como de frecuente tipo nórdico, siendo en realidad este tipo menos frecuente que en muchas otras comarcas de España sin desinencia de gotos ni gatos; de los habitantes primitivos «los últimos restos bastante puros y no mezclados se considera a los vascos, sobre todo en idioma, en su físico y, aunque no testimonio de valor acabado, en particularidades etnográficas; el cutis

claro no es raro entre los vascos de montaña (pp. 278, 279, 281)». Bien podría haber dicho que, no sólo cutis claro, sino también ojos azules y cabello rubio no son raros, tanto en la costa, como en la montaña por lo menos.

Señala la numeración vigesimal y del calendario dice (p. 291) que *algunos* nombres de meses no son romanos, cuando lo cierto es que, a mal contar, en más de la mitad no hay ni siquiera suplantación del nombre indígena por el romano. De los nombres de parentesco no dice más, sino que «indican peculiar familia primitiva»; pero como no quiera apoyarse en las fantasías de M. Vinson, no sabemos lo que con esto quiere decir. «Los animales domésticos tienen nombre indígena» y en la p. 8 señala de los Alpes y Centro de Europa como noarios toponimias y nombres de animales alpinos (marmota, gamuza). «No hay latifundios feudales en ninguna de las tres provincias», es general el bienestar y abundan los case-ríos dispersos; la casa «en general es de un piso habitable sobre bajo para trabajo y establo, además de desván abierto»; pero la figura 157 (p. 283) nos muestra sobre terreno en cuesta una de dos pisos con salientes laterales (frailes) y balcón corrido. Es verdad que entre las reminiscencias prearias de Europa indica la choza en forma de colmena cubierta con paja, pero no puede señalar caso vasco, aunque sí de casas sin chimenea, como de muchos otros puntos de todas latitudes y longitudes europeas. «Se ha conservado en algunos sitios el cocer con piedras», que en alguna parte hemos llamado nosotros *txukunari*, *esnari*, *Burniari*, *arigori*, *kisuari*, *ariegostekoen*, *gazu yari*, *kaikuari*. «La mayor parte son labradores y pastores»; pero más adelante dice que también ((pescadores y navegantes de gran aptitud; emigran en busca de trabajo y en España tienen fama como albañiles): no es posible traducir de otra manera «Maurer», aunque es evidente que debería decir canteros.

Señala como único apero indígena conservado la laya, «que sus vecinos españoles lo han aceptado con su nombre»; en la segunda sección del libro dice (p. 344) haber «semejante en Italia, y, según Braungart, en Liguria actual se labra con un azadón de largas púas arqueadas hacia atrás»; pero podría haber añadido que la fanga catalana es un tridente para el mismo fin, siendo aun más parecido el paló catalán. «También en los límites germanoromanos se conoce la Forke y en antiguo alemán se halla la palabra Zoche, que aun hoy en Suecia y provincias bálticas es arado derivado de aquel azadón de dos púas, que por el norte de Rusia llega hasta Mogolia».

En la segunda sección del libro (p. 354) menciona el modo de trillar golpeando el trigo contra el borde de un madero en Italia, Sur de Francia, España, Estiria y Moravia; la referencia de España merecería concretarse, pues no es general, ni mucho menos, mientras que por otra parte podríamos citar varios puntos del país vasco en que golpean el trigo contra madero o contra piedra *txangeta*. Al mayal, aunque usado en Alemania y Carso, lo considera romano y menciona para el mismo fin un palo curvo en Italia, Pirineo, Alpes, Montenegro y Albania, aduciéndose la ventaja de que así no se estropea la paja, que ha de servir para la techumbre. En la figura 191 aparecen fotografiados un soplillo y una hoz dentada de Portugal, cesta y pala de pelotari, rastrillo oblicuo y «yugo frontal» de Guipúzcoa. Un tanto impropio es el llamarlo frontal, ya que a la frente no avanzan más que *ugatzak edo adarganekoak*, y tan impropio nos parece llamar «nucal» al yugo yugular del pescuezo. El primero parece retroseguirse en Occidente y Norte de Europa hasta en la edad del bronce.

En la misma sección del Dr. Arthur Haberlandt (p. 324) da a la makilla, que su hermano presume transformación de la agujada, carácter de maza y la encuentra parecida al «penbaz» bretón (bastón con cachiporra de raíz o hierro y que se cuelga de un lazo); no cita el níspero, muy semejante, de Tréveris en Alemania. En la p. 324 aparece una nasa para langosta de «Fuentarabbia (sic!) España» y en la p. 337 considera particularidad la introducción en las vascongadas del metate mejicano para fabricar chocolate y en la fig. 188 aparece el del museo de Viena muy mal dibujado, casi cilíndrico, imposible de sostener la pasta. En la misma lámina vemos *ar'amaril'a edo matxar'o* para talo de Guipúzcoa, *neskame* parecido, aunque más artístico, al de Albania y otra parrilla giratoria de Bajos Pirineos para tener el talo vertical y que al autor le parecen como el anterior, adquisición de Europa occidental. En la p. 371 presenta un molinillo de chocolatera y un albugue, que señala como de España, sin especificar más, apesar de que es figura copiada del que existe en el museo de Lubeck y es guipuzcoano, cometiendo la misma vaguedad injusta que Barbieri en el Dicc. Enciclop. de Montaner y Simón. En la p. 375 aparece un vaso de cuerno con grabados de Basses Pyrénées, que el lector puede no darse cuenta de que es du Pays Basque, presenta otros de Cerdeña, Braunsweig, Escocia y Argel y lo supone de origen romano. En la p. 378 hay lámina con *malatxa* de Guipúzcoa y de Basses Pyrénées, *gopore* en forma

de doble cono de Basses Pyrénées, una copa de la Soule, collares de ganado de Basses Pyrénées, *opots edo popil* hecho de una pieza de madera del mismo origen. En la p. 386 aparecen *lepokua*, *zildaya*, *ustaya* de ternero de Basses Pyrénées (Francia) y en la 392 *gazanotzara*, molde de queso de Navarra. Es curioso que su hermano Miguel considere los collares para cencerros, los moldes de queso y mantequilla y los utensilios de ordeñar, en los vascos, «como en otras soledades montañosas europeas, cosas antiguas, atrasadas»; por lo visto preferiría las campanillas de las vacas del madrileño de Lecumberri, con su sonoridad de viático.

En el capítulo de transporte cita «hasta tiempos modernos en Irlanda, Vascongadas y otras partes el carro chillón como de la antigüedad clásica y ciertamente en ninguna parte con discos redondos de tronco fuera de los Pirineos (Portugal, Vascongadas)». Mal enterado está al interpretar las ruedas macizas como discos de tronco, que serían de malísima resistencia; y mal enterado también al limitar este tipo de ruedas a los puntos que dice; su antigüedad es mayor que la clásica y bien merecían mención las ruedas de las Encartaciones de Vizcaya y las de Mogolia, semejantes entre sí. El principio de abarcar el eje con pares de radios se extiende desde Suiza románica a Carintia y Bosnia»; pero se trata de eje fijo a la cama; no parece conocer el trabajo de Haddon sobre este asunto. En la parte dedicada al Cáucaso Byhan nos presenta en la fig. 416 un carro con ruedas casi iguales a las portuguesas.

En la edificación observa que «en Galicia, Asturias y Vasconia los hórreos también pueden ser sobre vigas y con tablas horizontales o verticales, que recuerdan mucho al Valais (Suiza), Tesino, Pitz, Passeier y Puster (Tirol) y el Este del Vesper, Escandinavia, Rusia». Podría añadir Armenia, etc., y respecto del garay vizcayno y navarro sería de notar su preferencia por la techumbre a dos, o tres aguas y entrada por el frontis. En la fig. 238 nos presenta, sin citarla en el índice, una casa vasca con portalada, que califica «antiguo corral disfrazado (!), probablemente derivado por la superposición de un piso; Varrón conocía ya este Cavaedium en Italia como espacio medio, cubierto, sin destino especial, pero para uso de todos los de casa y alrededor del cual había espacios con destino particular: es de notar que se le ve en las cercanías de las villas y que en tierra llana la era está en general a cielo abierto». Este párrafo desfigura completamente la realidad; el Cavaedium se parece mucho más al patio andaluz, el cual a su vez no se parece nada

al *atari* vasco; la portalada suele tener muchas veces una viga o columna en medio de la fachada y se dan casos en que no sea en medio, sino en una esquina de la fachada, por lo que nos parece mucho más probable la suposición de Frankowski de que se deriva del palafito, como el hórreo; en las cercanías de muchas villas y ciudades del país falta y en cambio abunda en caseríos apartados entre Bilbao y Azpeitia; que esté a cielo abierto *laráin* es perfectamente compatible con la portalada y existe, no sólo en caseríos próximos a villas, sino también en poblados, como Lecumberri.

En el capítulo del ajuar se indican como países con sillas de tres patas Italia, Noruega, España y el Cáucaso. Vemos fotografías de arcas noruegas, etc., con la ornamentación de arcos de círculo formando estrellas de seis radios. En la fig. 214 hay un *kaiku* guipuzcoano, que considera como «forma derivada local (entendiendo local por vasca) de los cuencos pastoriles de madera europeos y que le merece una atención especial». Algo hemos adelantado respecto de su hermano, quien nos atribuía cosas antiguas atrasadas, y también hemos adelantado objetivamente respecto de la supuesta filiación latina, que los filólogos atribuyen al *kaiku*, porque en latín hay un caucus (en griego kauka) vaso o taza para beber. Byhan en la p. 731 cita de una aldea Achieli de los jefsures del Cáucaso (centro al Sur) jarros («chuti») y tazas de madera «que recuerdan los vascos»; pero en aquéllos encuentro una verdadera antítesis al compararlos con el *kaiku*, pues el asa no avanza hacia dentro, como en éste, sino que queda del todo por de fuera. En la p. 509 se indican los botes de botica italianos como derivados de los del último período de Latène en España, y se interpreta el cántaro (*pegará*) o botijo (*murku*) de Vizcaya como una inversión de la urna romana en su forma; mi disyuntiva se debe a que en la figura parece tratarse de un ejemplar roto, en que ni se ve si la abertura superior es constructiva o rotura, 'ni si son esto último las deficiencias de un lado; para cántaro vasco tiene poca amplitud. Lo de la inversión de la urna se parece a las etimologías a lo Voltaire. Más estupefaciente es que también sea urna invertida la herrada, figurada por un ejemplar de Basses Pyrénées (Francia). En la p. 524 figuran ruecas «para cáñamo» de Arratia, Navarra y Basses Pyrénées. De esta última parte del país aparece una terminada en figura de panela o corazón en hueco, parecida a una catalana, que he visto con aro, pero que tiene lo ancho hacia arriba. En relación con los nombres *urkil*, *murkil*, *murkuilla* hemos de hacer notar la rueca formada

por un palo con varias ramas, otra de tres ramas de Tetovo (Macedonia) y un tridente de Montenegro. También se figuran husos de Arratia (este de hierro), de Guipúzcoa, de Soule y de Basses Pyrénées; que todo esto forme parte del país vasco es lo que no sabrá ver la mayoría de sus lectores. En la p. 533 se figura un huso de pastores guipuzcoanos, «en forma de reloj de arena» al que encuentra semejanza con otros de Suecia, Wolhynia y el Himalaya, pero uno de ellos es de molinillo en cruz. Para no dejar sin mención nada de lo referente a los vascos citaremos también de la p. 467 un candelero de madera guipuzcoano para el bote.

En el capítulo de arte la fig. 363 (p. 586) nos presenta de la Soule (Basses Pyrénées, Francia), pero esta vez incluida como arte vasco, una *edar'ola*, flotador de madera para herrada, cuya asa es de figura de gallo. De música y danzas no dice nada referente a los vascos. Por nuestra parte haremos notar, a beneficio de inventario el *txilibitu* de Georgia (fig. 421 de la p. 717) y, para los que presumen del celtismo de la gaita gallega, la de los estonios (fig. 629 de la p. 988), la de los lesghios del norte del Cáucaso (fig. 476 de la p. 798) y la de la fig. 439 (de la p. 748) de los swanes, que también tienen pandero (fig. 440).

En punto a traje dice Miguel Haberlandt que «en los vascos no hay traje nacional» y presenta una fotografía de aldeano con sombrero y manta al hombro, más otra de aldeana con sabanilla negra a la guipuzcoana y montada en un borrico. Añade que el varón usa «*chapelak* de color abigarrado, pañuelo de seda abigarrado al cuello, *aguerricoa* larga, con cierta actitud teatral; conceden algo a su exterior y a su apariencia personal, por lo que son también muy limpios; usan sandalias atravesadas en los bordes alrededor con tira de cuero estrecha (calzado antiguo europeo como el de los soldados romanos) y un cordón de lana para atar el paño a la pantorrilla; en verano usan calzado de esparto, típico trabajo vasco». La boina con dibujos de colorines yo no la he visto mas que hace mucho tiempo en chicos castellanos y en comparsas suletinas ¿ha sido alguna vez de uso general?, pañuelo de seda al cuello es de gran gala para los *ezpatadantzari*, el *géríko* no creo que empiece con *a* en ningún dialecto y, si el varón usa *txapelak* en plural, no por eso serán abigarradas; la actitud teatral, vaya por Dios! lo que cuesta comprender que sea natural una actitud digna en sencillos aldeanos! El autor nos concede que no todos somos baldros y hasta se deduce que éstos abundan menos que en Alemania, pero pocos al-

deanos en el mundo habrán simpatizado tanto con el cuello Schiller, Si en vez de sandalias hubiese dicho abarcas, lo entenderíamos mejor, con tal que hiciera notar que son cosidas, como las *opanken* de los Balkanes y las *txitebi* o *txustebi* de los swanes del Cáucaso (fig. 424 de la p. 720), y a diferencia de las aragonesas y manchegas y de las cioccie italianas; nuestras alpargatas no son de esparto, aunque navarros y suletinos las llamen *espartinak*; es verdad que los alpargateros de Azcoitia fueron llamados, antes de la guerra europea, a Berlín para hacer la prueba de este calzado en las tropas coloniales, pero con ellos también alpargateros valencianos; lo único típico es que no se usan las de hechura de sandalia a la manera de los soldados españoles. En cuanto a preferencia por este calzado levantino y no por los escalaprones, véase mi artículo sobre este último tema en esta Revista misma. Sería curioso averiguar cuándo y de dónde vinieron las abarcas de neumático de automóviles.

En la segunda sección del libro presenta (p. 545) su hermano Arturo dos navarros de la Ribera con manta, que compara al plaid escocés, marginne lituana y prendas semejantes del Karst (Carso), Albania, Macedonia, Tracia y Transilvania. Byhan en la p. 731 (fig. 434) presenta una gudra de los swanes del Cáucaso, casi idéntica al *bizkarzoró* del goyerri guipuzcoano.

Dice Miguel Haberlandt que «hasta tiempo moderno se mantuvieron las plañideras, como en Córcega, repitiéndose el acto por años en las tumbas: en que hay estelas discoideas peculiares con pentágramas o svastikas»; pero la fig. 360 del capítulo escrito por su hermano Arturo muestra dos de Amorots (Basses Pyrénées, Francia) con contorno reminiscencia del difunto y exagrama mágico; lo cierto es que la estrella de cinco puntas es muy escasa en comparación con Portugal, mientras que la de seis es frecuentísima. Cuál de las dos sea el verdadero símbolo mágico de Salomón, no nos lo han puesto en claro los ocultistas ni sabemos porqué es de cinco la del cuello del uniforme francés e italiano, y de seis la del del español. Supongo que ni en esto ni en el esperanto intervendrá la magia cabalística. Añade Miguel que «hay viva mucha superstición, temor de hechizo y mal de ojo, lo que provoca muchos conjuros»; pero olvida decir que los porte-bonheur, fetiches, mascotas, etc., etc., la culebra y el lagarto, guigne, etc., etc., del resto de Europa no les van en zaga, sin olvidar las pitonisas de los barrios aristocráticos de París y otras capitales. «Son apasionados por juegos nacionales; a la pelota se juega en sitios ad hoc con cesta (su hermano hemos

visto que presenta en la fig. 191 una cesta, pero también una pala); a la barra, al lazo, a bolos con bola grande de agarradera». Su hermano Arturo en el capítulo de fiestas hace mención de los gigantes, que salieron en Heinaut en procesión de 1456 a 1460 contra la peste y que se extendieron hacia el Sur hasta los vascos y Sicilia, no apareciendo en los Alpes más que en un vallecito de Salzburg (Lungau) como Sansón con dos enanos en Tamweg (1853); pero prescindiendo de los de Zaragoza, Barcelona, etc., etc., y de la patum (tarasca); considera aquéllos como reminiscencia céltica.

Y pasemos a la constitución de la familia. En las páginas dedicadas especialmente a los vascos se dice que «parece conexas con la antigua ibera; que la mujer tiene los mismos derechos que el varón, también en el comercio y el tráfico; que en algunas regiones dominaba según referencias seguras hasta la actualidad la costumbre ya mencionada por Estrabón de que heredase la hija mayor, quien debía dar a sus hermanos dineros de subsistencia; y que hombres y mujeres todavía hoy llevan una vida aparte, teniendo cada sexo sus danzas y juegos». A todo esto, tomado de Gerland, ¿habría que repetir lo que ya dije en esta misma Revista en 1907? En el capítulo del matriarcado en Europa dice que «todavía en 1819 se llamaban en Westmeath (Irlanda central) todas las mujeres casadas con su apellido de solteras y en Ulster aun hoy; en muchos sitios siguen a menudo más a parientes maternos que paternos (Pokorny: Der Ursprung des Druidentums. Viena. 1908). En Mayo (oeste de Irlanda) los hombres se disfrazan de mujeres y bailan; en Bretaña el novio sirve la comida a los convidados a la boda; en Orne (Normandía) no toma parte en el banquete de boda y todos los honores son para la novia. Según Strabón en los cántabros la propiedad territorial era femenina, como en los liguros, y las hijas dotaban a sus hermanos. En algunas provincias vascongadas hasta los siglos XVII y XVIII y aun después las hijas primogénitas dotaban a sus hermanos y quedaban señoras absolutas en casa; hasta hoy es usual que en la boda el novio reciba un regalo de dinero (recuerdo de la antigua dote). Que en España las mujeres conservasen su apellido en el matrimonio es, según Paladini, demostrable desde el siglo IX y por mucho tiempo pudo el hijo tomar el de su madre en vez del de su padre: Velázquez (el pintor) lo es por su madre. *Todavía* hoy se añade al paterno el materno». Transmito a D. Bonifacio de Echegaray la misión de comentar estas interpretaciones de la herencia *casera* o solariega. Yo no sé si en Alemania hay mar-

queses viudos, ni tampoco sé porqué, estando el señorío de Vizcaya incorporado a la corona de Castilla, no fué Isabel quien juró los fueros so el árbol de Guernica, sino el rey de Aragón, su marido Fernando.

Continúa en la p. 592 diciendo que «en oposición a los cántabros Strabón refiere de lusitanos y otros iberos, que se casan como los griegos, pero con todo hay en la covada, que describe de los iberos, un uso de origen matriarcal. La circunstancia de que la hubiese en la inmediata vecindad de pueblo: matriarcales con patriarcales, parece significar la trabazón del niño al padre. La covada (p. 593) persistió en Inglaterra e Irlanda en algunos sitios hasta tiempos modernos. De Biscaya la cita Fr. Michel en el año 1857 y de Navarra, Laborde en 1817». Al lector incauto conviene advertir que el año 1857 es simplemente el de la publicación del libro de Fr. Michel, *Le pays basque*, donde tal cita lo es de Chaho: *Voyage en Navarre* y la de Laborde es de *Itinéraire descriptif de l'Espagne* (París MDCCCIX). En el Congreso Internacional de Estudios Vascos decía el 2 de setiembre de 1900, M. Julien Vinson, su presidente;... «Vous ferez justice de cette legende de la couvade, que rien ne confirme et qui a reçu quelque crédit seulement de la fantaisie réveuse d'un Chaho. Vous réduirez a leur juste valeur des supositions analogues, que vous expliquerez facilement par le caractère basque, heureux mélange de hautes qualités et de défauts remarquables».

Y sigue Arturo Haberlandt diciendo que «hay recuerdos de covada en Santander y León; en Souley Labourt el contacto del padre asegura al niño la salud, y en el noroeste de España y Baleares queda el padre de un recién nacido en casa 8 días». En este último punto me dijo el Sr. Gonyalons en Barcelona que en Mahón y otros puntos, cuando coincide que el marido esté indispuesto aquellos días, se le burla diciendo que hace el *parterot*. En un *compte-rendu* de *L'Anthropologie* 1901 el autor no se inclina a creer la couvade en los vascos, sino que la considera como un dicho satírico, inventado en pueblos vecinos bajo la impresión de la consideración del derecho pirenaico a la mujer y el segundo término a que queda relegado el yerno a casa de la mujer. Pero sigamos con Arturo Haberlandt: «En Albania media la palabra moderna *merkos* (quiere decir hombrecito) significa el hombre cuya mujer ha parido y que queda en la cama, recibe visitas y las escolta. En Cerdeña al nacimiento de un niño los padres comen de un plato y con una cuchara; probablemente para poder hacer esto se acuesta también el padre (Ploss

y Renz: Das Kind in Brauch und Sitte der Völker. II. 1911/19), En el Sur de Francia refiere una fábula antigua del siglo XII o XIII de un rey, que está en cama y de parto, mientras la reina esta ocupada en una guerra algo romántica contra huevos, queso y manzanas, y una frase francesa dice de un comodón... cuando su mujer tiene dolores de parto, él se acuesta; en Irlanda dicen: tendrá que acostarse pronto con la vieja y hacerse cuidar, como se ha hecho, hace años (H. Kunike); en Ulster la covada estaba ya en uso en tiempos primitivos; la leyenda cuenta que, cuando la reina Medb de Connaught avanzó contra Ulster con un ejército, todos los hombres estaban en cama incapaces de luchar excepto el héroe Cuchulain y su padre, lo que puede relacionarse con una oposición popular del héroe indogermano a sus convecinos: una mujer embarazada los había maldecido, que una vez al año sintiesen los dolores de parto de las mujeres (Pokorny). En este sentido se cree en las islas Británicas todavía hoy, que de los dolores de parto de la madre, algo puede pasar al padre, pero en éste toma otra forma, p. ej. fuerte, dolor de muelas o de tripas. En Yorkshire (Inglaterra) acostumbra la madre de una muchacha, que ha parido, salir a buscar el padre desconocido y el primer hombre, que encuentra en cama, aquel es el buscado». Y sigue en la p. 594: «Esta relación *simpática* entre madre, padre y niño se expresa también en otras creencias, que van fuera del terreno de la covada, pero son necesarias para comprender todo el complejo y la significación de tales actuaciones. En Escocia después del parto se cuelga un par de pantalones al pie de la cama; también vale la ropa del padre como protección contra las hadas; por eso las madres escocesas echan la chaqueta o el chaleco de su marido sobre los niños. En el cantón de Berna se envuelve al niño recién nacido en la camisa del padre, para que le sea adicto; en Suiza, en partos difíciles o en el primero, la mujer se pone los pantalones de su marido, y también en Turingia, Rügen y Polonia se conserva este acto mágico. También el hombre hace actos de analogía en el nacimiento, soltar y sacar vestidos, indicar el acto del parto (Polonia, Ucrania, Yugoslavia) para ayudar a la mujer; en Ucrania y Hungría gemir con la mujer, amenudo con el consejo de la comadrona: *sufrir ambos*. Pero el acostarse el marido parece que en todas partes favorece al niño. En Hungría se acuesta el padre del recién nacido junto a la madre. De España, Bosnia, Serbia, Bulgaria, Persia medioevales se refiere el parto aparente de la camisa, casi siempre del hombre, en el acto de *adopción* a la manera

de Hércules de la de Juno». En la p. 595 habla de la antigüedad romana, de la que la palabra matrimonio indica herencia matriarcal y Plauto habla de materfamilias y nunca de paterfamilias.

En el capítulo de Patriarcado: Linaje: Comunidad casera, dice (p. 605) que se observan casos de partición de la casa entre dos hermanos en los vascos pirenaicos, suizos, Vorarlberg y Tirol. En el resumen de evolución de la cultura popular europea dice (p. 647) que lo folklórico no es supervivencia, sino estado de posesión vivo y significativo de cultura popular de especie primitiva; y Riehl (página 649) dice que la Volkskunde aprecia mejor que la Völkerkunde el hecho de que toda cultura es algo orgánicamente desarrollado.

Aunque no tenga relación directa con el libro que comentamos, merece mención el publicado en 1924 por W. Schmidt y W. Koppers «Völker und Kulturen» como tomo tercero de «Der Mensch aller Zeiten», libro que es una etnología muy juiciosa en sus fundamentos generales; pero tropezamos en la p. 292 con la couvade citada por nuevos observadores (?) De los vascos y de Cerdeña: válganos Dios! y en la p. 263 también citados los vascos como matriarcales. Lo curioso es que, apesar de que Haberlandt cita en la p. 653 a los germanos como influidos en sus linajes por el patriarcado, como lo revelan las matronas y el culto de las tres vírgenes (Nornas=Parcas), Schulz (Die germanische Familie in der Vorzeit) recuerde la posición privilegiada del tío materno y Frobenius dé cierta importancia a que el sol es femenino en Alemania, sin embargo los indoeuropeos, es decir los indogermanos, es decir los germanos, han de ser, según ellos, el prototipo de los pueblos patriarcales y todos los demás europeos matriarcales.

No acierto a comprobar dónde el Prof. Bosch Gimpera atribuye a los pirenaicos estado pastoril, que pasó a labrador por influencia cultural ibérica a partir del Ebro. Tal supuesto se comprendería si todavía tuviese valor en etnología el prejuicio de los estados sucesivos, cazador, pastor, labrador, en que persiste alguna escuela sociológica; pero hoy los etnólogos hacen simultáneos y compatibles el cazador y el recolector a base de la división sexual del trabajo, y de la recolección femenina nace la huerta, o sea el cultivo sin la intervención de animales domésticos, de la caza con reclamo (véase Schmidt y Koppers) nacería la domesticación del ganado, y de la influencia recíproca entre ambas actividades productoras se desarrollaría la labranza con arado. En todo el continente americano faltaron en absoluto los pueblos pastores y de él proceden co-

mo cultivadas plantas tan importantes como el maíz, la patata, el tomate, el pimiento, el cacao, etc., etc. Ahora bien: el trabajo del layador vasco sería del todo incomprensible en un pueblo, que hubiese pasado de pastor a labrador; el pastor pasa con más facilidad a trajinante, traficante e irruptor, o de la pecunia a la banca; el vasco vive en medio de sus tierras de cultivo y es más solariego que linajudo, hasta el punto de que toda la cuestión de, si el apellido sea paterno o materno, cae por fuera del genuino apellido, que es de la casa: esta es la verdadera unidad y de ella son las dos personas, *etxeko-jaun eta etxeko-andre*, aquél con la vara y ésta con la sartén por el mango; las canciones satíricas son a gusto del consumidor, *Nere andrea, Nere senaña*. Lo cual no arguye origen mediterráneo a los cultivos primitivos vascos y los caminos de oriente a occidente pueden no ser ni nórdicos ni africanos. Para cuando se nos acercaron unos y otros bien podríamos estar ya en nuestra casa ¿La decantada oscuridad de origen de los vascos? ¿acaso lo tienen más claro los indogermanos ni los camitas? Recordemos lo que a unos nobles franceses, que se vanagloriaban de datar del rey tal o cual, contestó un vasco: nosotros no datamos.

Telesforo de ARANZADI